

CONCURSO DE CUENTO



Antioquia

Reimaginada

• EDICIÓN 2024 •



Escribir es mirar con atención.

En estas páginas se cuentan historias que muestran cómo niños, jóvenes y adultos ven a Antioquia. Relatos que exploran las formas en que la memoria, el humor, la ironía o la ternura atraviesan lo cotidiano, revelando aquello que suele pasar desapercibido a simple vista.



Agradecimiento especial a la Fundación Secretos para contar y a su equipo de trabajo por el compromiso con la región para promover la lectura, la escritura y la oralidad; su apoyo en esta edición del concurso de cuento Antioquia Reimaginada fue fundamental.

© 2025 Comfama

Consejo Editorial David Escobar Arango
Perla Toro Castaño
Paola Mejía Guerra
Mauricio Pérez Salazar
Nicolás Ordóñez
Estefanía González Vélez

Coordinación editorial Juan Diego Mejía

Asistencia editorial Ana María Tobón
Daniel Palacios

Editora invitada Lucía Martínez Castellanos

@Prólogo Daniel Álvarez Betancur
Secretos para contar

Prólogo Comfama Nicolás Ordóñez

Corrección de estilo Catalina Trujillo-Urrego

Ilustración de portada Regiones Comfama

Ilustraciones Juliana Quitian
de los cuentos ganadores Isabel Giraldo
Carolina Bernal

Diseño e impresión Apotema S. A. S.
Primera edición: marzo de 2025
ISBN: 978-628-01-7067-1
Impreso en Colombia

Comfama
www.comfama.com
Central de llamadas de Comfama 3607080
@comfama
@comfamacultura

secretos para contar

comfama

**CONCURSO DE CUENTO
ANTIOQUIA REIMAGINADA
2024**

Todos los derechos reservados. Sin autorización expresa de los titulares esta publicación no puede ser reproducida o difundida ni total ni parcialmente por ningún medio mecánico, fotoquímico, magnético, electroóptico o por cualquier otro medio actual o futuro. Los autores y autoras presentados en esta edición son los únicos responsables del contenido de su cuento y exoneran a Comfama de cualquier infracción cometida contra la propiedad intelectual y los derechos de autor.

Contenido

Antioquia: tradición, cultura, diversidad y progreso	7
Las voces de los rincones y repliegues	9
Acta del jurado	13
Mapa de ganadores	19
Cuentos ganadores Categoría Infantil.....	21
Cuentos ganadores Categoría Juvenil.....	39
Cuentos ganadores Categoría Adultos	57
Cuentos finalistas Categoría Infantil.....	75
Cuentos finalistas Categoría Juvenil.....	87
Cuentos finalistas Categoría Adultos	105

Antioquia: tradición, cultura, diversidad y progreso

En esta quinta edición de Antioquia Reimaginada, nos embarcamos en un viaje hacia el corazón de nuestra identidad, una travesía que apela a las memorias vivas que dan forma a nuestra cultura antioqueña. A través de las páginas de relatos que se despliegan ante nosotros, recordamos que cada rincón de esta tierra está impregnado de historias que merecen ser contadas. Las viejas tradiciones, la historia de la abuela, las leyendas que resuenan en las conversaciones al calor del hogar, las anécdotas que nuestros padres susurraban con nostalgia nos ofrecen una rica paleta de matices literarios para explorar.

Las preguntas que surgen al leer sobre nuestras raíces nos invitan a ser parte activa de esta narrativa colectiva. ¿Qué hazañas épicas guardan las memorias de nuestros abuelos? ¿Se nos olvidó disfrutar de las cosas simples de la vida? ¿Qué misterios esconde la naturaleza que nos rodea, y qué personajes mitológicos aún merodean en nuestra imaginación? Desde las evocaciones de las navidades en familia hasta las charlas de los arrieros que viajaban a lomo de mula, cada relato es una pieza del rompecabezas que compone nuestra herencia cultural.

Esta alianza entre Comfama y la Fundación Secretos para contar busca rescatar esos relatos, impulsando la creación literaria como un medio para conectar el presente con el pasado e imaginar un futuro, fomentar la imaginación y celebrar la diversidad

que nos define como antioqueños. En este espacio, cada voz, cada historia, tienen el poder de resonar y dejar una huella en el alma de nuestras regiones.

Este libro ha nacido de historias que, al entrelazarse, revelan la esencia de Antioquia, capturando en palabras lo que significa pertenecer a esta tierra rica en cultura, tradición y patrimonio. Cada cuento rinde homenaje a la memoria colectiva, resuena como un eco de nuestras vivencias y nos recuerda que al compartir nuestras historias fortalecemos los lazos que nos unen y dan vida a nuestras identidades regionales.

Esperamos que disfruten este recorrido mágico por Antioquia Reimaginada 2024.

Nicolás Ordóñez
Responsable Regiones
Comfama

Las voces de los rincones y repliegues

Antioquia es un departamento inmenso. Cuando lo miramos en el mapa e intentamos llenar con nuestra imaginación aquello que se ve entre esas líneas que delimitan una figura irregular, alcanzamos a imaginar solo una porción de todo lo que alberga en su territorio, algunos de los lugares que hemos tenido la fortuna de conocer. Pero por más que hayamos trasegado por sus montañas y carreteras, y navegado por sus ríos y costas, ¿cuántos altos y divisaderos, cuántos caminos y quebradas, ciénagas y manglares, bosques y sabanas se quedan por fuera de nuestra imaginación?

En la Fundación Secretos para contar llevamos ya un poco más de veinte años recorriendo este territorio, adentrándonos hasta por los «caminos riales» y los caños estrechos de los ríos para llevar libros, conocimiento, educación y diversión a las familias que habitan el campo antioqueño. Esto nos ha ayudado a crear una imagen muy compleja de la composición natural y cultural de nuestro departamento.

Por esto consideramos que Antioquia Reimaginada 2024, este concurso de cuentos que con esta ajusta su quinta edición, es una gran oportunidad para dar un vistazo a esa Antioquia grande y diversa que habitamos. Una ocasión para leer algunas de las voces de los millones de habitantes que pueblan casi cada rincón y repliegue de nuestra topografía, y

cómo estas personas, de muy diferentes edades, habitan también en la palabra y el lenguaje, y cómo los usan para expresar su realidad y cotidianidad, cómo construyen sus sueños y temores, cómo hablan de sus heridas y dolores y cómo enuncian sus alegrías e inquietudes.

Para un territorio tan grande y diverso como Antioquia es muy importante contar con un concurso como este, que permite a lectores distantes leerse entre sí y conocer otras coordenadas, sentir los climas que se vislumbran en las narraciones, los sabores y los olores que emanan de las diferentes imágenes y paisajes, los acentos que se adivinan en las voces y la naturaleza exuberante que surge aquí y allá, en cualquier clima, sea cual sea el ecosistema desde donde se cuentan las historias. Esto permite entendernos de una forma más amplia, abrir nuestro panorama para comprender que lo que somos no está determinado solo por lo que tenemos al lado, sino que más allá, al otro lado del río o la montaña, hay alguien que vive, vibra, sufre y sueña como nosotros... y somos prójimos, pues compartimos un pedazo de mundo.

Tener una quinta edición de este concurso es un gran logro. Gratitud inmensa para Comfama, que le apuesta a la cultura, a la creatividad, al reconocimiento del territorio. Es un honor para la Fundación Secretos para contar participar como aliada y poder aportar a un concurso que esperamos pueda cumplir muchos años más. Antioquia Reimaginada ofrece un espacio para los narradores de esa Antioquia grande, que tienen tantas historias por contar, de las dulces y de las amargas, de las ácidas, las saladas y las picantes. Así que preparemos nuestras

papilas lectoras y disfrutemos de este nuevo menú literario de narrativas antioqueñas.

Daniel Álvarez
Gestor editorial
Fundación Secretos para contar

Acta del jurado

El jurado de la quinta edición del concurso de cuento Antioquia Reimaginada estuvo integrado por las escritoras Lorena Salazar Masso, Fátima Vélez Giraldo y el escritor Guillermo Cardona Marín. Luego de un proceso de preselección y selección que consideró los 2.564 cuentos recibidos durante la convocatoria, los miembros del jurado exponen sus impresiones más profundas con respecto al concurso de este año.

Lorena Salazar Masso:

Hacer parte de los jurados de Antioquia Reimaginada me permitió ver los resultados de los programas de fomento de la cultura y entender las búsquedas de quienes están escribiendo en el departamento. Me alegra que haya interés por la escritura y que quienes deciden emprender este camino encuentren espacios de aprendizaje y socialización.

Los temas más tratados en las propuestas revelan el deseo de narrar el campo, la tradición, los animales, los mitos en los pueblos, las relaciones y los cuerpos, una variedad que muestra, por un lado, un sentido de pertenencia especial por el mundo arriero y, por otro, una necesidad de contar las diferentes formas de violencia a través de historias personales y colectivas. Como ocurre siempre, sea por mención o por omisión, los textos mostraron el estado del pensamiento y las preguntas de nuestro tiempo y de la región.

Guillermo Cardona Marín:

Sumergirse en los cerca de cien cuentos finalistas del concurso ha sido toda una experiencia literaria y humana. Porque más allá de la imaginación, el vuelo poético y la calidad narrativa de un apreciable número de cuentos, encontramos historias familiares, sentidas evocaciones de abuelas y abuelos, así como acertadas descripciones de nuestros bosques, ríos y montañas; algunos de los relatos les echan un vistazo a mitos y leyendas de brujas, sombrerones y lloronas; otros tantos dan testimonio de las luchas por defender una identidad sexual no hegemónica o pintan desolados cuadros de esas violencias políticas y de género que siempre nos dejan como huella arrugas en el alma. En estas creaciones nacidas lejos del despelote y el acelerado de Medellín y su área metropolitana, escritas por enamoradas y enamorados de la palabra y su poder de evocación, sin duda nos topamos con una sorprendente y vívida Antioquia Reimaginada.

Fátima Vélez Giraldo:

La edición del concurso de cuento Antioquia Reimaginada 2024 refleja una abundancia y una riqueza en recursos narrativos. Maravilla la calidad estilística, los riesgos, los diferentes registros escriturales; el uso de la poesía, el humor, el terror, la fantasía. Se evidencia un compromiso con la palabra y también la vitalidad de una comunidad lectora, pues, como se sabe, la literatura se alimenta de la literatura y se nota que los y las participantes están absorbiendo de diferentes fuentes literarias.

En estos relatos estuvieron presentes personajes emblemáticos de las leyendas populares regionales como el diablo y la llorona; pero también hubo muertos vivos y animales

pensantes, sintientes y parlanchines. Me enterneció la aparición recurrente de personajes familiares y entrañables como las abuelas y sus historias, sus comidas, sus tejidos.

En muchas de las historias se manifiestan problemáticas sociales como la violencia de género y contra las infancias, el racismo, la gentrificación y la necesidad de cuidar el medioambiente. Y por supuesto, se manifiestan también las diferentes guerras que han atravesado el territorio desde la colonización española hasta nuestros días. Todo esto sin caer en la moraleja, ni quedarse en la mera crítica social, sino poniendo en evidencia que la literatura no surge del vacío; que se elabora desde una subjetividad crítica que está inscrita y permeada por una realidad política y social particular. Desde esta perspectiva, también agregaría que la literatura puede ser, entre otras cosas, un espacio político, en tanto un espacio que refleja un inconsciente colectivo, donde se pueden ensayar variables infinitas de la vida humana y más allá de lo humano. El carácter moldeable y transformable de la literatura, a través de sus innumerables recursos estéticos y del poder de la imaginación, es un espacio donde yace la esperanza de que incluso las realidades marcadas por las más terribles violencias guardan la capacidad de moldearse y transformarse.

Fue un placer y un honor para mí ser jurada de este concurso. Leí las historias con deleite y con inspiración. Después de esta experiencia, dan ganas de seguir leyendo y escribiendo.

Los jurados se reunieron de manera virtual el miércoles 22 de enero de 2025 y decidieron, conjuntamente, elegir los siguientes cuentos como los ganadores en cada una de las categorías:

Categoría Infantil:

Primer puesto

Título: Paloma antioqueña
Vicente Escobar Toro, 12 años
Rionegro, Oriente
N.º 7489

Segundo puesto

Título: Inocencia
Ana Sofía Atehortúa Mesa, 11 años
Yarumal, Norte
N.º 8514

Tercer puesto:

Título: En otra vida seré “él”
Nasly Dayana Correa Vásquez, 12 años
Chigorodó, Urabá
N.º 6451

Categoría Juvenil:

Primer puesto:

Título: La cosa
Emmanuel Gómez Gallego, 15 años
Santa Bárbara, Suroeste
N.º 7717

Segundo puesto:

Título: Ocho horas
Carol Parra Hernández, 15 años
Chigorodó, Urabá
N.º 7126

Tercer puesto:

Título: Viaje a París
Yadier Heiler Buitrago, 15 años
San Carlos, Oriente
N.º 7491

Categoría Adultos:

Primer puesto:

Título: La tumba
Daniel Felipe Gómez Gómez, 27 años
Santa Rosa de Osos, Norte
N.º 8370

Segundo puesto:

Título: Jardín
Marco Fidel Suárez Bedoya, 28 años
Rionegro, Oriente
N.º 7692

Tercer puesto:

Título: Hijos de perra

Julio César Restrepo Zapata, 41 años

Guarne, Oriente

N.º 8500



Ganadores

CUENTOS GANADORES

Categoría Infantil

Ilustración
Juliana Quitian @rosaem__



Primer puesto

Paloma antioqueña

Me levanté esta mañana a las 6:56 a. m. con el canto de los pájaros y el olor a café fresco y a frijoles paisas en Jardín, Antioquia, en la carrera 32 de la calle 10. Yo soy una paloma Strasser (llamado Lucindo) de las que son grises con blanco. Y aunque sea hermoso como las montañas verdes de Rionegro toca buscarse la comida. Me levanté y fui a sobrevolar el pueblo para ver qué tiendas habían abierto. Ninguna lo había hecho, ni siquiera la de la señora que siempre me da pancito. Entonces me tenía que aguantar el hambre del desayuno y mientras esperaba me volví a dormir. Cuando me levanté ya me estaba rugiendo el estómago, entonces fui a buscar algo de comer, pero me di cuenta de que eran las 9:38 a. m. y nadie había abierto todavía. Yo me asusté porque la mayoría de las veces abren a las 7:00 a. m. y a mí solo me pasaban tres preguntas por la cabeza: ¿Cómo iba a comer? ¿A dónde se habían ido todos? ¿Por qué todavía no habían abierto las tiendas? En mi búsqueda de pistas me encontré un señor (le pongo unos veintiséis años) en el parque a las 9:59 a. m. y yo no podía desperdiciar la oportunidad de comer algo. Suponía que a esas horas debía estar trabajando, pero demás que estaba enfermo o se le murió la abuela o cualquier otra cosa, pero eso es lo de menos, porque el protagonista aquí

soy yo. Él estaba comiendo un pancito con café de Tostao y me paré al lado de una flor que estaba saliendo de un rotico entre las baldosas, esperando a que se percatara de mi presencia. Me quedé ahí diciendo «brrr, brrr» (porque las palomas no sabemos hablar español, aunque sí leerlo, entonces decimos «brrr, brrr» para comunicarnos) hasta que el señor me vio, me tiró un poquito de pan y me fui. El sol brillaba fuerte, iluminando las calles empedradas de Jardín. Yo me sentía satisfecho por el pancito, pero debía seguir en mi búsqueda. Llegué a la casa de la señora Lucía, la dueña de una panadería que queda muy cerquita. Pero al llegar me di cuenta de que la puerta estaba cerrada con llave y ella nunca deja la puerta cerrada y menos con llave. Seguí la búsqueda, pero no encontré nada más que piedras y piedras. A mí se me ocurrió ir a un restaurante que quedaba a dos cuadras, y sin importar semejante distancia fui. Decidí ir volando porque caminando me iba a tardar unos cuatro días. Primero tomé agua y alisté mis alas para despegar, estaba listo para volar. Pasé por encima de casas, parques, etc. Hasta que llegué al restaurante y estaba cerrado. En ese momento no me impresionó que la tienda estuviera cerrada, pero vi a lo lejos un letrero pegado en la puerta y me acerqué para verlo bien. Y lo entendí todo cuando vi que decía: feliz domingo.

Vicente Escobar Toro, 12 años

Rionegro, Oriente

N.º 7489

Ilustración:
Isabel Giraldo @maicito.criollo



Segundo puesto

Inocencia

«Nunca te dejes tocar de un hombre; ni siquiera la mano porque quedarás en embarazo», fueron las palabras que mi abuela escuchó a la edad de nueve años; su madre, en su afán por educarla, daba este tipo de consejos. Mi abuela disfrutaba de su inocencia e infancia, y claro, grababa con gran temor estos consejos pues mi bisabuela era algo estricta. Como era costumbre, a la casa llegaban lugareños y cazadores en busca de refugio porque venían de muy lejos y mis bisabuelos los atendían muy bien y eso también era una entradita de más porque en esa casa había ¡que batallón! para mantener. Un día, en una de estas visitas, un cazador se le acerca a mi abuela y le da la mano como ademán de saludo, y ella sin musitar palabra sale corriendo horrorizada por aquello que acababa de suceder, se esconde en la conejera y pasan las horas y ella en un mar de lágrimas mira su mano como el más vil de los pecados y no sabe cómo decirles a sus padres y mucho menos qué va a hacer, ¡qué pesar! Pobre criatura. Su padre ya preocupado por la ausencia de su pequeña sale en su búsqueda; cuando a lo lejos escucha un pequeño llanto, se acerca y ve a su pequeña en una sola mortificación; él, con mucha maña, se le arrima y le pregunta cuál es la causa de tal llanto; a lo cual su inocente hija le contesta: «¡Pa, es que estoy en embarazo!».

Mi bisabuelo, con una cara de espanto, la mira: «Pero ¿cómo?, ¿qué dijiste?». Mi abuela le cuenta con pelos y señales todo lo ocurrido con aquel cazador y le recuerda aquellas palabras que su mamá le había dicho y que ahora se habían convertido en una terrible realidad. Una simple carcajada sale de mi bisabuelo. «¡Dios mío, pero qué ocurrencia! ¡Pobre de mi chiquita inocente!». Luego de una charla de padre e hija, de esas que por cosas de la vida uno no quisiera terminar, mi abuela lo comprendió todo y le volvió la paz que por un instante había perdido. Y eso sí, mi bisabuelo le dio un buen llamado de atención a mi bisabuela y que a la próxima fuera más clara con los consejos; pero ella tampoco tenía culpa ahí, así la criaron a ella también. Lo que no me explico hasta el día de hoy es cómo, con esa inocencia que ella tenía, hay tanta descendencia en mi familia, porque eso sí somos como unos tantos y esperamos más.

Ana Sofía Atehortúa Mesa, 11 años

Yarumal, Norte

N.º 8514

Ilustración:
Carolina Bernal @carolitabernal



Tercer puesto

En otra vida seré «él»

He pasado los últimos años viéndome al espejo, asqueado de lo que veo. Cansado de aquel estereotipo sexista y colorido de vestir rosa y en vestidos, faldas insípidas y peinados femeninos. El «ella» siempre estará conmigo, por más que quiera apartarlo, siempre estará presente en mí. A pesar del esfuerzo diario de mis padres, el amor que recibo de ellos, su paciencia, calidez e interés, ante mis ojos desvanecen con «ella». No sé en qué momento creé este monstruo, sé qué con él me entierro en el infierno, entierro a mis padres. Los días pasan y no hay tiempo de nada, me siento vacío, las pequeñas estrellas en mi cuerpo, con el tiempo, se fueron desvaneciendo y no puedo permitirme hacerlas brillar de nuevo. A veces pienso y deseo deshacerme de todo, pero no acabo con mi vida porque sé que en mi tumba no estará mi verdadero nombre; porque delante de «él» siempre está «ella».

Nasly Dayana Correa Vásquez, 12 años
Chigorodó, Urabá
N.º 6451

CUENTOS GANADORES

Categoría Juvenil

Ilustración:
Isabel Giraldo @maicito.criollo



Primer puesto

La cosa

Isabel está muerta, y mamá dice que yo la maté. Desde entonces, todas las noches «eso» aparece. «La cosa» no es original. De hecho, lo tomé prestado de un libro que Isa me regaló; pero desde lo de Isa me es doloroso tan siquiera pensar en algo que me la recuerde. Era muy imaginativa, siempre dibujando paisajes imposibles, pero que de una u otra forma eran parecidos a las montañas y la vegetación que rodeaban nuestra casa, cercana al pueblo de Santa Bárbara. «La cosa» no tiene horario, pero esto no importa. En realidad, cuando aparezca, su mirada de odio la sentiré donde sea que esté. Mamá no me ayudará: desde la muerte de Isa y la huida de papá, sus ojos, antes indiferentes a mi presencia, jamás me voltearon a mirar. Pero puedo ver que en su muñeca aún usa esa pulsera azul con detalles rojos que Isa y yo hicimos en la escuela una semana antes de que mi hermana intentara defenderme de papá. A veces, cuando puedo descansar de la sombra de odio que me persigue, todavía puedo oír el crujir del cuello de Isa al chocar con la mesa de noche al lado de mi cama, tras ser empujada por papá... El odio que me hizo agarrar mi lámpara y deformar su cara a golpes no se ha ido; de alguna manera, se ha traspasado a todo lo que hay a mi alrededor. Es como una oscuridad, muerta desde su concepción, que

me mantiene cautiva en el fondo de todo su odio, asfixiándome cada segundo que «la cosa» ve que sigo viva. No hay nada más que eso. ¿Mi apariencia?, ¿mis gustos?... Mi nombre... Todo eso se hundió, no desde la muerte de Isa: desde hace mucho tiempo está hundido en esa oscuridad. Hoy, «la cosa» finalmente se ha decidido a matarme. No puedo quejarme; en realidad, esperaba que lo hiciera. Solo quería irme sin más, dejar de luchar contra ese lugar de odio que inundaba cada aspecto de mi vida, escapar de esta oscuridad que me consumía. En ese último suspiro, en ese último momento de lucidez, descubrí en esa masa amorfa de oscuridad, que con todo su odio trataba de romperme el cuello, una pequeña pulsera azul con detalles rojos. Ahí, al sonar de un crujido, me volví uno con la oscuridad.

Emmanuel Gómez Gallego, 15 años

Santa Bárbara, Suroeste

N.º 7717

Ilustración:
Carolina Bernal @carolitabernal



Segundo puesto

Ocho horas

El día que mataron a su hijo, doña Olga se levantó más temprano de lo usual. Le prendió el velón que siempre le prende a su imagen de María Auxiliadora y se puso a hacer destinos. La India amanecía como cualquier otro día, calurosa, con uno que otro vecino encendiendo la radio en volumen alto, y con algunos niños, ya despiertos, correteando por la loma. Doña Olga no tenía un pensamiento concreto en su mente. Fue cuando escuchó en la radio el «desde noviembre se siente que viene diciembre», que recordó, con una sensación ya escasa en su ser, que el año se estaba muriendo. Otro año más, otro año menos, se dijo para sí misma. Estaba calentando la arepa cuando una imagen mental parecía atacarla. Olga tuvo que sentarse. Sintió la absoluta soledad de la vida. El esposo que se fue, los hijos que se fueron, ella que se queda con ella misma y con la virgencita. Perdió el apetito y permaneció allí, sentada en una vieja silla de plástico con un brazo apoyado en una vieja mesa de madera, tocándose sutilmente la frente y mirando hacia la nada del suelo. Fue entonces cuando sonó el celular. No recordaba dónde lo había dejado. Suene y suene ese aparato y Olga más desesperada que nunca tratando de encontrarlo. Lo halló debajo de la almohada, y mientras iba contestando, se preguntó qué diablos hacía el teléfono ahí.

—A la orden. Sí, con ella. Sí, dígame. Bendito sea Dios, ¿y dónde está? Ya voy.

¿Qué estaba haciendo su hijo menor en Guapa León? Se preguntó Olga sentada en la parte trasera de una motocicleta que trataba de ir a toda velocidad. Ya para qué, se decía, ya la muerte está hecha. Llegó. El cuerpo estaba cubierto por una sábana blanca. Le informaron que la ambulancia tardaría en llegar. A las tres horas, Olga, en medio de la soledad de la vida y de la tarde, pronunció:

—Hijo mío. Ya no eres un ladrón ni un vicioso, ni nada de esas cosas. Ya lo que pasó ha pasado. Perdóneme, mi amor, pero es que a una no le enseñaron a ser mamá y trabajamos todo el día para el bocado de comida y los descuidamos a ustedes. Yo amor sí tuve, pero me faltó demostrárselo. Es que una viene de un hogar donde el cariño no se apareció. El cariño para una fueron rejaos, órdenes y más órdenes. El cariño como que no llega al campo y se queda por allá en la ciudad, ¿se acuerda cuando le conté que mi primer regalo de cumpleaños fue un azadón para ayudarle a su abuelo? Que porque buscaban el hijo hombre, pero como no llegó nos tocó a nosotras, a sus tías y a mí. Pero bueno, hijo mío, perdóneme. Descanse, mi amor, y perdóneme, ¿oye?

A las ocho horas por fin llegó el carro a recoger el cuerpo. La excusa fue que había derrumbes en el camino.

Carol Parra Hernández, 15 años

Chigorodó, Urabá

N.º 7126

Ilustración:
Juliana Quitian @rosaem__



Viaje a París

Acabo de perder el año. La verdad, ni siquiera intenté salvarlo. Simplemente no quise hacer los talleres finales, esos que me hubieran permitido pasar a octavo grado. Ni siquiera sé si volveré a repetir séptimo. No sé qué me pasa. La madrina dice que he sido desnutrido y que por eso no pienso. Pero sí pienso, todo el día tengo pensamientos en mi cabeza. Creo que no es cosa de desnutrición sino de aburrimiento. En el campo las familias se están despedazando y la mía no es la excepción. A mi padre nunca lo conocí y mamá se la pasa trabajando, de pueblo en pueblo. Yo vivo en el Hogar Juvenil Campesino de San Carlos y de allá también tendré que irme si sigo mal en el estudio. Yo no quiero ser un estudioso. No pienso en ir a la universidad, solo quiero ganar mucho dinero para irme a París. He preguntado mucho por esa ciudad. Sé que es la capital de Francia y que tiene una torre muy famosa. Sé que dicen que es la ciudad Luz y del Amor, y a mí me falta luz y amor. Por eso me dediqué a escribir este cuento, porque quién sabe, de pronto gano algo y puedo ahorrarlo para ese viaje a París. Allá está el hijo de una tía materna, mi primo Jonathan. Él se fue de ilegal pero ya está haciendo vueltas para que lo nacionalicen. No ha cometido delitos y trabaja limpiando calles. Un día mandó fotos al celular

de mi tía y yo las vi. Eran fotos de esa ciudad, de palacios, de un río, y de un bosque llamado Boulogne donde se reúnen otros latinos. Mi primo dice que allá, en ese bosque, hay muchos travestis que venden su cuerpo. Yo no entiendo eso. También me contó que todos los latinos que conoce trabajan y se ganan hasta cincuenta euros al día. Si yo me ganara todo eso, ahorraría para volver a Colombia y montaría unos billares. También me compraría una bicicleta para recorrer las carreteras. Siempre he querido una bicicleta. Cuando le cuento a mi mamá sobre mi deseo de ir a París, se burla de mí. Me dice que soy un soñador, y que soy muy bobo porque quiero ir a París para devolverme. «Entonces de una vez quédese acá, y se ahorra el viaje», me dice mientras se carcajea. Mamá me quiere, pero trabaja mucho. Yo creo que tanto trabajo la amarga y por eso ya no cree en los sueños. Si llego a ir a París, le mandaré fotos para antojarla. Y si me va bien, la llevo a ella también. A ella también le hacen falta luz y amor.

Yadier Heiler Buitrago, 15 años

San Carlos, Oriente

N.º 7491

CUENTOS GANADORES

Categoría Adultos

Ilustración:
Carolina Bernal @carolitabernal



La tumba

—No podemos dejarla a mitad de camino, sospecharán de nosotros. Un entierro cristiano... No hay cura, y si hubiese, de todas formas, le negaría la sepultura.

—¿Qué hacemos entonces?

—Trae la pala y no hagas ruido.

¿Era posible tanto dolor? Hace horas apenas, atravesada por la aguda sensación del parto tuvo al último; pero él no quiso mamar. Buscó al padre. Ella lo parió retorcida entre gestos amargos, casi muerta, y cuando por fin lo vio, se le desgonzó el cuerpo y cayó dormida. Con el ánimo estremecido se la terciaron al hombro y salieron cañada abajo. Pareciera que sus pasos movieran las malezas de la montaña —y no el viento—. La recordaban arañando la tierra para arrancar la cosecha de algún fruto y persiguiendo las vacas entre los barrancos para que no se salieran del potrero. La idea de una fosa sin nombre no era ajena, todos han puesto su muerto, muchos cuerpos alimentan el corazón del monte. Viviría para siempre en su montaña, su leche subiría por la savia de los árboles y ya no sería carne sino fruta madura. Su hogar estaba allí, realmente no era suyo. Apareció una mañana nublada temblando de frío, seguramente se había escapado de su casa en el pueblo, con torpeza aprendió las

labores de la finca: arriaba las vacas, cuidaba las gallinas y cuando había que cazar, cazaba. Era bonita y entendida. A veces, solo a veces, le daban unos arrebatos, un éxtasis de salir corriendo a internarse en el bosque y, aunque la llamaran, no aparecía hasta el otro día, llena de mugre y rasguños, con la mente serena como si nada hubiera pasado.

—Aquí está bien.

—Ojalá no llueva esta noche porque se le va a pegar el pantano a la cara.

—Si se desborda el río, la destapa, hay que apelmazar la tierra.

Envuelta la cara en un pedazo de sábana vieja, la acostaron en el hueco:

—¿Qué vamos a decir cuando los niños pregunten por ella?

—Que se internó en el monte porque no tenía leche, o que algún espíritu la había llamado a la profundidad del campo para enseñarle a ser madre.

En la mañana, el hambre de sus crías la reclama y un remolino de pasos inquietos la busca por toda la casa.

—Pa, mirá qué lindos, ni abren los ojitos.

—¿Y Kiara? ¿Dónde está Kiara?

Maldijo su soledad desesperada, maldijo no poder decirlo siendo el hombre de la casa.

—Se habrá ido para el monte a cazar algún animalito para los cachorros.

—¿Va a volver?

—Sí, va a volver...

Los dejó huérfanos, a los cachorros, los niños y al campo.

Daniel Felipe Gómez Gómez, 27 años

Santa Rosa de Osos, Norte

N.º 8370

Ilustración:
Juliana Quitian @rosaem__



Segundo puesto

Jardín

—Son diez dólares —me dice, con un tono áspero, la mujer de cara robusta que atiende la ventanilla de la terminal de transporte. Tengo un billete de veinte, dos de diez y uno de cinco. Me siento confundido. Vuelvo a contarlos mientras ella, impaciente, choca las uñas contra el escritorio imitando los pasos de un animal. Sonrío. Me recuerda una mula. No a cualquier mula. A una mula que dejamos de escuchar hace tiempo. Una mula de tres patas. En mi pueblo había muchos diablos, desde los más comunes como la Patasola, la Madremonte y el Sombrerón, hasta los más autóctonos como la Candileja y el Enruanado de Puente Pizano. Todos ellos disfrutaban salir a pasear en las noches, excepto la Petaca Voladora, pues esa prefería el día. Se divertían asustando a los borrachos, principalmente, pero también asustaban a los niños insomnes, a las amas de casa que fisgoneaban hasta altas horas de la noche por las ventanas y a jornaleros que no necesitaban alarma pero confundían las cinco con las tres de la madrugada. Los diablos eran parte de nuestra cotidianidad. Vivíamos tranquilamente con ellos. De pronto, llegaron gentes nuevas, gentes que hablaban distinto —como piscos, decía mi abuela—, gentes que nos trajeron la promesa del progreso. Empezaron llegando tímidamente y en pocos días

ya no eran cientos sino miles. Muchos estaban de paso, pero muchos otros decidieron quedarse, trajeron dólares y compraron tierras. Los campesinos, fascinados, les vendieron todo. En poco tiempo, las fincas se convirtieron en haciendas recreativas, las casas en hostales y las cantinas en cafés. Se abrieron nuevos puestos de trabajo pero reinó la informalidad. En un abrir y cerrar de ojos, todo se volvió más costoso. En ese nuevo fluir de prosperidad, dejamos de prestar atención a los diablos, los ignoramos, y ellos se fueron.

—Joven, diez dólares son cuarenta y cinco mil pesos. ¡Ahí los tiene! —me dice ya irritada la taquillera. Su voz me extrae del ensimismamiento.

—Lo siento, aún no me adapto a la conversión —le respondo entregándole el dinero.

—¡Se está durmiendo! ¿Y esa maleta tan grande? —me pregunta ofreciéndome el tiquete— ¿Acaso no piensa volver? Minutos después me acomodo en el asiento del bus, doy un último vistazo por la ventanilla a la imponente basílica de piedra y le digo adiós con la mano. Hoy me voy del pueblo, igual que los diablos, igual que los demás pueblerinos que no lograron adaptarse a las nuevas dinámicas. Voy a buscar un lugar donde empezar de cero, un lugar donde no gaste en dólares lo que gano en pesos. Hoy me voy, como hace unos días lo hizo la Llorona. ¡Pobrecita! Es que ya no hay borrachos trasnochadores, ni niños insomnes, ni amas de casa fisgonas, ni jornaleros madrugadores que se asusten fácilmente con sus lamentos. ¡Qué pesar! Nadie les dijo a los diablos que solo necesitaban aprender a

hablar inglés. A nosotros, a los mortales, sí nos lo dijeron, pero no bastó con eso.

Marco Fidel Suárez Bedoya, 28 años

Rionegro, Oriente

N.º 7692

Ilustración:
Isabel Giraldo @maicito.criollo



Hijos de perra

Soy un perro. Soy el perro negro de la negra Tiburcia. Ella me invita a dormir a sus pies, se mueve mucho y me patea, entonces prefiero hacerme entre ella y la pared. Ahora no estoy en el catre, sino en el suelo. Mi ama está con su amo que se le monta encima mientras ella llora. Cállate perra, le dice don Benjamín Espinosa. Ella muerde la almohada y llora, sé que llora porque la habitación huele a guardado, a todo lo que ella se guarda y luego me cuenta. El catre se mueve, se escucha la brega. El amo se viste y se va, cierra la puerta. Huele a más guardado. Mi ama llora y me pide que la acompañe, me abraza y me dice Diablo, le lamo las mejillas saladas que saben a los días sin mi ama Tiburcia. Diablo, me sigue diciendo mientras me acaricia. En las mañanas camino a su lado, a su ritmo por estas calles empedradas donde se asolean los granos de café. Los otros perros me miran, se acercan y me hablan, nos olemos el culo. Mi ama grita Diablo y su olor ya se siente menos. Corro, la alcanzo y le sigo el paso. A veces para y saca de la falda un frasco del que bebe lo que los humanos llaman perejil y que mi ama Tiburcia le llama quiebrabarrigas. Caminamos por las orillas del río Cauca, entre piedras y tierra caliente. Mi ama se agacha, mira para los lados, se sube la falda y de entre las piernas se saca una carnosidad san-

grante como antes lo ha hecho. La frente le suda y le brilla, los ojos también. Huele a ella con sangre. La negra abre un hueco en la tierra, entierra el pedazo de carne, encima le pone piedras. Huelo a entierro y a Tiburcia enterrada. Seguimos caminando por la orilla hasta llegar a la sombra de un árbol muy grande. Lejos escuchó el agite de los mazamorreros. Tiburcia se empelota, tiene una piel negra y brillante, cicatrices en toda la espalda, se acucilla y se pone a lavar la ropa en una piedra lisa que sigue oliendo a sangre, a café y a oro. Todos somos unos hijos de perra, dice la negra Tiburcia.

Julio César Restrepo Zapata, 41 años

Guarne, Oriente

N.º 8500

CUENTOS FINALISTAS

Categoría Infantil

Los niños saben que hay misterios que solo ellos pueden ver. En sus cuentos, los espíritus habitan los ríos, los abuelos esconden poderes invisibles y los perros entienden lo que nadie más escucha. Son relatos donde la imaginación transforma lo cotidiano y la realidad se desdibuja sin miedo. La magia no es un artificio, sino la forma natural de interpretar el mundo. A través de la mirada infantil, el asombro y la intuición crean universos donde la memoria se conserva en un reflejo sobre el agua o en una flor dejada junto al camino, esperando que alguien la encuentre.

Lástima que soy solo un perro

Recuerdo pasear por los caminos de un hermoso territorio llamado Rionegro, fui al parque donde vi personas expresar su arte, compartir sus talentos y pasar un buen rato, allí visité una fuente que al verla solo me hace pensar en cómo el tiempo pasa sin que uno pueda retenerlo, como el agua que se escurre entre los dedos de los instantes curiosos que intentan tomar una parte de este líquido entre sus pequeñas palmas. Me encantó dar vueltas por ese parque hasta el momento en el que sonaron unas fuertes campanadas que me hicieron entrar en conciencia de todo el tiempo que llevaba allí. Aunque no todo era tan maravilloso alrededor de un lugar que me provocaba tanta alegría también existían escenas de dolor; sí, muchas personas y familias sin techo; me dolía especialmente ver a los niños tendidos en el asfalto los cuales no habían recibido una mano amiga en mucho tiempo, desearía poder brindarles un momento de esperanza y felicidad. Me pregunto qué harán en la noche, ya estaba atardeciendo. Vi pasar por los caminos a varios chicos en uniforme de camisa verde, mi momento de partir había llegado, entre esos chicos se encontraba mi dueña, llegó a acariciarme y preguntarme por qué no me encontraba en mi hogar, me fui con ella, desearía venir a este lugar más seguido, me gustaría brindarles alegría a las personas. Lástima... Lástima que solo soy un perro.

Ariadna Stela Ramírez Herrera, 12 años

El Carmen de Viboral, Oriente

N.º 8444

Dos almas unidas por la misma luz

Desde que tengo uso de razón, he visto a mi abuelo con una sonrisa en su rostro, viste muy guapo con sus camisas; como todos los abuelos, tenía canas, parecían estrellitas bailando en su cabeza; pero había algo que lo hacía único y especial, algo que solo él tenía, superpoderes, ese superhéroe era mi abuelo. Cuando estaba en su casa buscaba dónde podrían estar esos superpoderes: debajo de la cama, en la mesita de noche, dentro del armario, detrás de las cortinas, pero no había capa ni antifaz. Hasta que un día encontré el escondite perfecto, encontré su tesoro, mi abuelo tenía magia dentro de él, en su corazón, y a mí me encantaba descubrir todos sus poderes. Tenía el superpoder de la sonrisa más grande del mundo; a mí me encanta jugar con él, porque mientras los demás adultos corren de un lado a otro siempre con prisa, mi abuelo siempre tiene tiempo para mí, no le importa tirarse al piso y dibujar conmigo o jugar a la pelota o armar figuras con fichas. Cada mañana empezaba de forma especial, a veces se transformaba en un cuento gigante y se inventaba historias que me encantaban, en las que yo era la protagonista; me enseñaba sus tesoros, tenía la cabeza llena de recuerdos y cuando sacaba su álbum de fotos me contaba cómo era mi abuela. Ahora es mayor, tiene ochenta y cuatro años, ya no tiene todos sus dientes, pero su sonrisa me anima. A menudo olvida sus cosas, pero nunca se olvida de decirme que me quiere. Tiene problemas para mantener el equilibrio, pero no le impide jugar a la pelota conmigo. Sus arrugas cuentan historias de un tiempo lejano, sus manos una vez fuertes y laboriosas,

hoy están marchitas, cansadas y dolorosas. Un día mi abuelo se puso malito, se puso tan malito que tuvo que cerrar los ojos para siempre y así poder descansar. Tanto, tanto los cerró que volvió a hacer magia, se convirtió en polvitos de hada para viajar y quedarse dentro de cada uno de nosotros, sus poderes volaron y volaron hasta poder entrar en nuestros corazones. Tenemos mucha suerte porque ahora todos tenemos superpoderes, no tenemos capa ni varita mágica, pero me siento mágica como mi abuelo, si estoy triste o cansada o me ha pasado algo, cierro los ojos y los polvitos de hada de mi corazón empiezan a moverse, con chispitas de colores que bailan, saltan, cantan acarician, es como si mi abuelito me hiciera cosquillas por dentro, entonces vuelvo a brillar y aparece de nuevo la sonrisa más grande del mundo. Hay quien dice que mi abuelo voló hacia las nubes, que se convirtió en estrella, que hizo un viaje muy muy lejos, pero yo siento que está más cerca que nunca, porque las chispitas de colores esas que nos hacen sonreír siempre están cuidando de nosotros, esas chispitas se cuelan en mi cabeza llenándola de una colección de recuerdos maravillosos que vivirán siempre conmigo.

Angie Sofía Álvarez Jiménez, 8 años
Yarumal, Norte
N.º 6021

El guardián del río

Al suroeste de Antioquia se encuentra un pintoresco pueblo que, rodeado de verdes montañas y serpenteado por un hermoso río, hace que vivir allí sea como un cuento de hadas. Esto lo puede asegurar Joel, un niño de gran imaginación y pasión por la historia y las leyendas. Pasaba sus tardes en casa de sus abuelos escuchando relatos del pueblo y sus alrededores, pero una leyenda le fascinaba más que las demás, pues coincidía con su amor por la naturaleza, era la del antiguo guardián del río, un espíritu llamado Roya. Según contaban, este ser con forma de perro, pelaje negro y con ojos rojos que brillaban como dos faros en la oscuridad, tenía el poder de proteger a aquellos que eran dignos y de llevarse a los imprudentes que perturbaban la paz del río. Una tarde, Joel y sus amigos salieron a pasear en bicicleta. Tras un rato, decidieron detenerse a tomar unos jugos. Cris, uno de sus amigos, lanzó su botella vacía al río y los demás lo siguieron riendo. Joel, que siempre había sentido respeto por la naturaleza, les dijo:

—¡Eso no está bien, no deberíamos ensuciar nuestro río!

—Vamos, Joel, no seas aguafiestas —dijo Cris—, unas botellas no hacen daño, el río es enorme.

—Además, no se van a dar cuenta —añadió Ana, desafiante.

De repente, las aguas del río comenzaron a agitarse, y una figura oscura apareció desde las profundidades.

—Es Roya —gritó Joel, emocionado y asustado a la vez.

—¿Cómo se atreven a perturbar mi hogar? —dijo Roya

—han deshonrado la paz del río.

Los amigos retrocedieron, pero Cris, muy atrevido, dio un paso al frente y dijo:

—No tienes poder sobre nosotros. ¡Este río no es tuyo!

Con un poderoso movimiento de su cola, Roya levantó el agua y atrapó a Cris, llevándolo en un grito de sorpresa y miedo.

—¡Cris! —gritaron los demás muy asustados.

—Aquellos que no muestran respeto por la naturaleza deben entender las consecuencias de sus acciones —aseguró Roya con una mezcla de furia y advertencia. —¿Qué harás tú para demostrar que vale la pena salvarlo? —preguntó Roya, mirándolo con sus ojos brillantes.

—Haré lo que sea necesario para enseñarle a cuidar el río, lo prometo —respondió Joel—. Juntos lo haremos.

Tras un momento de silencio, Roya asintió y con un movimiento de su pata, el agua se calmó y liberó a Cris, quien cayó empapado pero ileso en la orilla. Los amigos corrieron a ayudarlo y prometieron cuidar el río para siempre. La lección había sido necesaria, y Roya los observó con satisfacción. Joel ya quería contarles a sus abuelos, se sintió feliz por tener una historia propia que contar, los convenció de que las leyendas son reales y que existen espíritus que protegen las cosas valiosas de la vida.

Jhon Alejandro Restrepo Salazar, 10 años
Urrao, Suroeste
N.º 7952

La dama de las tres almas

En lo profundo de las montañas antioqueñas rodeado de selva espesa y ríos cristalinos, se esconde el pueblo de la tercera luna, un lugar envuelto en misterio y en donde cada noche se cuenta una antigua leyenda que pocos forasteros conocen. La leyenda habla de la dama de las tres almas, una figura enigmática que aparece solo bajo la tercera luna llena de cada estación, cuando el cielo es claro y las montañas se cubren de un halo plateado. Los ancianos del pueblo cuentan que esta dama fue, en algún momento, una mujer común, pero sus decisiones la llevaron a un destino distinto al de cualquiera de su generación. Hace siglos, cuando La Tercera Luna no era más que una aldea humilde de agricultores, habitaba allí una joven llamada Manuela, de largos cabellos oscuros y ojos profundos como los abismos de las montañas. Manuela se enamoró perdidamente de un viajero, un extraño que venía de lejanas tierras y que prometió llevarla con él cuando regresara. Sin embargo, el hombre nunca volvió, y Manuela, consumida por el dolor, se aventuró al bosque en busca de una solución para sanar su corazón. Una noche de luna llena, después de días de caminar sin rumbo, Manuela llegó a la cueva de la tunda, una temida bruja que, según decían, concedía deseos imposibles a cambio de terribles sacrificios. Desesperada, Manuela imploró a la tunda que le quitara el dolor que la atormentaba, aunque esto significara pagar cualquier precio. La tunda, observando la intensidad de su deseo, le hizo una propuesta: «Te concederé el don de vivir sin dolor, pero a cambio deberás dividir tu alma en tres partes, serás tres personas en una,

pero no podrás amar ni ser amada jamás». Sin dudarlo, Manuela aceptó el pacto y al instante una sombra extraña cubrió su cuerpo y sus ojos perdieron el brillo humano, convirtiéndose en espejos vacíos que reflejaban la tristeza de quien los miraba. Desde entonces, Manuela vaga por los bosques como la dama de las tres, por lo que se dice que en cada luna llena, quienes se aventuran cerca de su cueva pueden verla reflejada en las aguas del río, caminando en silencio, con tres sombras que la siguen de cerca, cada una de ellas representa una de las emociones que sacrificó: el amor, la alegría y la esperanza, por lo que los aldeanos creen que si alguien la observa fijamente, puede perderse en sus ojos y caer en la misma desdicha que ella, condenada a vagar sin rumbo ni consuelo. Sin embargo, la leyenda cuenta que si alguien, alguna vez, le habla con palabras sinceras y le ofrece una flor de borrachero, una planta que florece solo de noche, Manuela podría romper el pacto y liberar sus tres almas, encontrando finalmente la paz, por lo que los jóvenes de la tercera luna dejan flores de borrachero a orillas del río cada luna llena esperando algún día liberar a la dama que una vez fue Manuela.

Yuleisi Daiana Mazo Posada, 11 años
Briceño, Norte
N.º 7132

CUENTOS FINALISTAS

Categoría Juvenil

Juventud es un territorio de revelaciones donde la risa y la incertidumbre van de la mano. En estos relatos, la memoria familiar se reinventa con picardía, los negocios más absurdos pueden convertirse en estrategias de supervivencia y lo que parece una despedida puede ser el inicio de algo nuevo. Los personajes desafían su destino con astucia, encuentran en la ironía un refugio y en el absurdo una verdad inesperada. Entre juegos de lenguaje y finales que trastocan las reglas, estos cuentos demuestran que la literatura juvenil no solo explora el mundo, sino que también se atreve a reinventarlo.

El entierro

Papá solía contarme que, en noviembre, cuando llegan las ánimas, las montañas se llenan de luces misteriosas. Decía que, en esos días, los espíritus de antiguos indios regresan a velar sus tesoros escondidos. Y que, en las noches de noviembre, en algún rincón lejano, una lucecita podía aparecer, alumbrando algún viejo entierro lleno de oro. Como cada noviembre, papá se acomodó en su silla mecedora en el patio, esperando que cayera la noche. Se balanceaba despacio, atento a cualquier luz que asomara entre los cerros oscuros. Los grillos comenzaban a cantar, y las luciérnagas encendían sus destellos, flotando como pequeñas estrellas en el jardín. «Mijo, éntrese, que esas luces aparecen es a la media noche», dijo mamá desde la puerta. Pero papá solo sonrió, cogió su silla y se fue al cuarto, ansioso de que llegara la medianoche. Esa noche, el sueño no me venció. Oí a papá levantarse y salí en puntillas para no hacer ruido. Juntos, nos sentamos en el porche, envueltos en el frío de la madrugada, mirando la montaña que se recortaba bajo la luz de una luna inmensa. De repente, allá, muy lejos, entre los árboles y potreros, una pequeña luz blanca apareció. «¡Mira! ¡Es un entierro!», susurró papá con los ojos brillantes. Sin dudarlo, se puso sus botas y se echó a andar. Yo, aunque asustado, no iba a perderme esa oportunidad, así que me lancé tras él, apenas en chancas y pisando el barro fresco del campo. ¿Será que encontraríamos un tesoro y, por fin, seríamos ricos? Me preguntaba eso mientras corría detrás de papá, sintiendo cómo mis pies se hundían en el fango. Cada vez nos acercábamos más a la luz, y entonces... ¡jun

quejido se escuchó en la distancia! Un lamento bajo y profundo que retumbaba en la noche oscura. Sentí un escalofrío, pero papá no se detuvo. Con la valentía de un aventurero, cruzó una cañada, esquivó ramas y ranas, hasta que, después de un buen rato, llegamos a donde brillaba aquella luz misteriosa. «Papá, ¿por qué escucho a alguien quejándose?», susurré. «Debe ser el ánima», respondió con voz firme. Finalmente, cuando estábamos ya muy cerca, una voz nos sorprendió desde la penumbra. «Buenas noches, don Antonio», dijo alguien con un tono amable y casi risueño. Me quedé helado. ¿Las ánimas serían tan cordiales como para dar las buenas noches y conocer el nombre de papá? Papá también pareció sorprendido, pero en seguida respondió. «¡Don Porfirio! ¿Qué hace usted a estas horas, en medio del fango, con una linterna?». Ahí estaba don Porfirio, el vecino de la vereda, con botas embarradas y la linterna encendida en medio de la oscuridad en busca de su becerro, que se había escapado en la noche. Papá y yo también nos reímos, algo avergonzados. No era un tesoro, ni un entierro, ni un ánima. Solo nuestro buen vecino y su linterna, buscando a un becerro travieso. A veces, los tesoros más grandes son las historias que creamos mientras los buscamos.

Natalia Borja Pineda, 13 años

Chigorodó, Urabá

N.º 6532

Carlitos y sus transacciones

En un maravilloso pueblo llamado San Carlos, con paisajes hermosos, ríos cristalinos, cascadas, una increíble fauna y una gran diversidad, vivía Carlitos. Él nunca había sido un niño común. Desde pequeño, tenía un poder extraordinario: el de convertirse en cualquier animal. Un día decidió transformarse en zarigüeya. Pronunció sus palabras mágicas: «Con un giro y un salto, me voy a transformar de niño a zarigüeya. ¡Listo para explorar y disfrutar!». Después de convertirse en zarigüeya abrió sus ojos, se dio cuenta de que había un hombre talando árboles. De repente, sintió que el árbol donde estaba reposando se sacudía fuertemente y, de un momento a otro, cayó. Se asustó mucho, ya que el hombre la quería capturar. La zarigüeya, por más que corrió, se dio cuenta de que había muchos obstáculos. Mientras corría, Carlitos pronunció de nuevo sus palabras mágicas: «Con un giro y un salto, me voy a transformar de zarigüeya a guacamaya. ¡Listo para explorar y disfrutar!». Cuando cogió su vuelo, y luego de recorrer un poco el bosque, salió hacia la piedra del Tabor, que es su hábitat. En medio de su vuelo, le dio un poco de sed y hambre, pero no veía árboles para reposar. Cuando vio una hermosa cascada, decidió pasar por este paisaje tan bello. Pasó por medio de ella y roció con un poco de agua sus alas, pero de pronto sintió en sus alas unas manos que le cortaban el vuelo. Lo cogieron y lo enjaularon unos chicos que estaban allí. Él, para salir de esta situación, pronunció sus palabras mágicas: «Con un giro y un salto, me voy a transformar de guacamaya a mono tití. ¡Listo

para explorar y disfrutar!». Así se convirtió en mono tití y pudo soltar el candado de la jaula donde lo tenían como guacamaya. Los chicos, sorprendidos por la hazaña de Carlitos al verlo ya en los árboles y no como guacamaya, sino como mono tití, salieron a contar a todos lo que había sucedido. Cuando el mono tití se sintió fuera de peligro, salió a buscar comida, pasando por varias fincas a ver si encontraba unos ricos bananos para comer. Pero allí se dio cuenta de que había muchas casas construidas y pocos frutos. Después de comer algo, decidió refrescarse en el agua y se le ocurrió la gran idea de convertirse en bagre para recorrer los grandes ríos y cascadas de San Carlos. Algunos de los lugares que recorrió Carlitos estaban muy contaminados. Luego de un buen recorrido, llegó a una gran represa. Allí lo que lograba ver eran algunas lanchas y canoas con personas. De repente, vio una gran malla que lo perseguía, así que decidió decir sus palabras mágicas: «Con un giro y un salto, me voy a transformar de bagre a niño». Luego de todo lo que vivió, Carlitos decidió contarle a su familia y convertirse en cuidador del medioambiente para que todos estos animalitos no se extingan de nuestro hábitat.

Diana Sofía Murillo Gómez, 13 años
San Carlos, Oriente
N.º 6913

La masacre de mi existencia

Iba de camino hacia su casa. Hace días no la veía y ya echaba de menos a mi amada Daila. Quería verla, sí, pero no era mi principal objetivo. Solo quedaba un día para la masacre y ella tenía que sobrevivir. Yo era el único capaz de salvarla y avisarle del cruel destino que se aproximaba. Llegué a la puerta y toqué la madera con el puño. Esta se abrió y la hermosa Daila fue lo primero que apareció en mi campo de visión. Estaba preciosa, con su ropa de campo y cabello ligeramente despeinado. Al parecer acaba de llegar de su trabajo recolectando café. Al ser parte del grupo que tendría que acabar con los campesinos, me había enterado esta mañana del plan que tenía el jefe contra los caficultores: destruir los cafetales. Abracé a Daila y ella miró mi expresión preocupada. «¿Qué te pasa, Sebastián?». «Tengo que contarte algo. Escúchame con atención». Ella asintió. «Los jefes están planeando destruir los cafetales y a sus campesinos. Será mañana a primera hora. Te quería pedir, por favor, que no te presentes en el lugar. Solo puedo salvarte a ti». «¡Estás loco! —me gritó en la cara— ¡¿Por qué crees que tienes el derecho a destruir todo un pueblo solo porque se te dio la gana?!». «No fui yo el que decidió eso...». «¡Cállate! ¡Vete ahora mismo! ¡No quiero volver a verte! ¡Nunca!». Ella no quería escucharme, por lo que me retiré del lugar. Los gritos de dolor y decepción de mi amada torturaban mi cabeza. No sabía qué hacer. Esa noche las lágrimas no me dejaron dormir. Al dar las cinco sonó la alarma y todos se prepararon para su labor, incluyéndome. Pude ver cómo nadie estaba preocupado,

el único que no hallaba su lugar era el estúpido soldado que vivía dentro de mi mente. En menos de una hora estábamos todos preparados para la orden del jefe Castaño. Se observaban a la distancia los campesinos trabajando, sin conocimiento de su futuro. Esperaba que Daila hubiera entrado en razón, pero algo en mi mente sabía que ella estaba ahí. «¡Bienvenidos a su lecho de muerte! —gritó el jefe y los campesinos voltearon hacia estas horripilantes palabras—. Necesitamos estos terrenos para nuestros negocios y cultivos, así que les voy a pedir amablemente que los abandonen. ¡Disparen!». El capitán no tuvo que decir nada más para que iniciara la masacre. Se escuchaban los horripilantes sonidos generados por todos los heridos. Sin darme cuenta empecé a llorar y corrí hacia el humo denso. Hacía la muerte. Tal y como sospechaba, allí se hallaba su cuerpo inerte en el suelo, con pinceladas de un espeso líquido rojo. Me negaba a verla ahí, en ese estado, pero ya no había nada que dudar ni reparar, estaba muerta. El jefe quería ver el mundo arder, y con él, se llevó al mío.

Valentina Muñoz Gaviria, 15 años
Guatapé, Oriente
N.º 7228

Corriendo con miedo a tropezar

«Acepto». La voz gruesa resonó por toda la estructura de la iglesia de Santa Bárbara. Las personas que se encontraban al exterior lloraban, personas que nunca conocí. «¿Y tú, aceptas a este hombre como tu futuro esposo?». Al escuchar esa típica frase el terror se apoderó de mí ser, volteeé a la multitud y con una mirada torpe me fijé en la cara de todos, tenía el corazón en la garganta deseando que esa figura no estuviese presente... Pero mis ruegos fueron en vano, ahí estaba ella, ella me estaba mirando. Sus ojos oscuros estaban posados en mí con tristeza, una parte de mí sabía lo que ella deseaba gritar... Y la culpa me consumió. Su cuerpo estaba a unos metros de mí, ese rostro pensaba que esto me hacía feliz. Entonces, sabiendo lo que provocaría, no acepté. Y así fue como un hilo de voz fue saliendo desde el fondo de mi corazón, atrayendo entre ellas un pánico terrible, al principio nadie entendió, nadie dijo nada, estaban intentando procesar mi respuesta. Cada paso que daba por las calles empedradas era cómo pasar por una fila de alfileres que rogaban ser pisados. Sentía el sol quemándome el rostro y cómo la calurosa brisa me empujaba fuera del altar mientras con una voz somnolienta me decía que no era digna de estar ahí. Corría con el vestido blanco siendo estrujado por mis pequeñas palmas y con la tinta roja de mi labial totalmente estropeado. Las piedras de las calles hacían que mis pasos fueran torpes, mi talón se doblaba y cada vez que mis pies tocaban el piso una parte de mi alma se quedaba atrás, esperando a ser pisoteada. Al momento en que crucé la puerta con otra persona ese ambiente tan cálido

que había en la iglesia se convirtió en un bullicio lleno de vulgaridades. Para un pueblo tan pequeño, que una mujer a punto de casarse abandonase tan de prisa el altar para marcharse con otra persona de su mismo sexo era como si el mismísimo Dios bajara de los cielos a castigarlos. Podía escuchar gritos de odio, de asco y de vergüenza. Ellos estaban deseándome la muerte, aquellas personas que estaban felices hace poco deseándome la buena vida con mi marido... Al ver que yo realmente no estaba feliz, decidieron ponerse en contra. «¡Qué más da si tu felicidad es nula! ¡Ha pasado mucho desde un matrimonio feliz!». Pero al ver quién era la persona que corría a mi lado todo aquello se desvaneció, no importaba nada, ya no escuchaba aquellos insultos hacia mi persona. Las encías de mis dientes vieron la luz después de mucho tiempo abrumada por la dicha, estaba sonriendo, sonriendo como nunca pensé volver hacerlo. Mi mano estaba siendo agarrada por la de mi amada. Nuestra voz estaba entrecortada, caras sudadas y el sol nos cegaba. Entendí quién era la persona con la que yo debía casarme, sin importar su género, esta es la compañía que siempre me reconfortó. La amo.

Sophía Benítez, 14 años
Santa Fe de Antioquia, Occidente
N.º 6224

Siempre en pie

En un pequeño rincón de Santa Fe de Antioquia nació mi abuela, una mujer cuya vida, desde el principio, no ha sido fácil. Se forjó entre el rocío de las montañas y el eco de las ausencias. Cuando apenas tenía cinco años, sus pequeñas manos ya recogían el peso del campo, ayudando y admirando a sus queridos abuelos. Su padre, como un viento pasajero, se alejó sin mirar atrás por circunstancias ajenas, y su madre, atrapada en nuevas vidas, no tuvo más remedio que dejarla con sus abuelos. Ellos fueron su refugio, su ancla en un mundo que empezaba a mostrar su dureza. Pero el destino, siempre impredecible, se los llevó demasiado pronto. Con apenas diez años, mi abuela quedó sola, sin más compañía que el silencio del viento y el murmullo del campo. Su alma, entonces, se convirtió en piedra firme y aprendió que no habría hombros en los que apoyarse. Tuvo que valerse por sí sola en su andar. Recorrió los caminos con pies que parecían raíces, desnudos y fuertes, acostumbrados a las piedras y el barro. Eran pies anchos y pequeños, pero endurecidos, capaces de sostenerla en cualquier terreno como si hicieran parte de la tierra. Con un empeine alto que miraba al cielo, recorrió caminos y veredas interminables, desde su pueblo natal Santa Fe hasta Medellín, Frontino, Cañasgordas y Chigorodó, llevando en su andar la historia de una mujer que no sabía rendirse. Sus manos son otra historia. Aunque ahora tiemblan ligeramente, un día fueron firmes y ágiles. Manos que pelaron café, arrancaron maíz y yuca, sostuvieron canastos llenos de plátanos y arroz. Cada arruga en ella es un mapa de

los campos que recorrió y de las luchas que enfrentó. Tienen la textura de la madera vieja, curtida por los años y el trabajo; pero también la delicadeza de quien, pese a todo, sabe dar cariño a su manera sin igual. Mi abuela siempre ha tenido un carácter rígido, el mismo que la acompaña desde el primer día en que se fue formando. Su voz fuerte y clara no admite contradicciones, no se queda callada, pero no es por arrogancia. Su historia le enseñó que, para ser escuchada, debe alzarla. Ella no solo vivió con valentía; la sembró en cada paso, como quien deja semillas en un terreno fértil, para que su ejemplo germine en quienes la rodean. Hoy, ya no recorre montañas ni carga canastos, pero sigue siendo la misma mujer incansable. Cada vez que la visito, me recibe con un pocillo de café con leche caliente y un paquete de mis galletas favoritas. Nos sentamos juntas, me cuenta cómo aprendió a cargar más peso del que su cuerpo parecía capaz de soportar. Me enseñó que la verdadera fortaleza no es lo que tienes, sino lo que llevas por dentro. Mi abuela es un símbolo de que la vida no es fácil, pero se enfrenta con carácter, trabajo y la certeza de que, pase lo que pase, siempre hay que seguir adelante.

Maryangel Cartagena Argaez, 14 años
Turbo, Urabá
N.º 7509

De arepas, mazamorra y una navidad

El sonido del maíz en bruto desprendiéndose de su cáscara inundaba el patio de los Restrepo. Cecilia y Oliva llevaban un tiempo pilando a dos manos para luego hacer arepas y mazamorra. El ladrido de los perros anuncia la llegada de visita a la casa de los abuelos; (grande, de amplios corredores con chambranas, patios empedrados, jardines por doquier...) antes vacía y ahora sinónimo de Navidad y reencuentro. Al calor del fogón de leña y al olor de los tamales va llegando la familia: mientras los abuelos Pedro y Fabiola los reciben con una buena arepa de sancocho con mantequilla y tinto recién molido. Toman taburetes y se sientan en el patio a conversar, llega el ocaso. La casa se ilumina de repente por los bombillitos de colores. El abuelo Pedro se sienta en su perezosa, maravillado con sus nietos que en este momento juegan a la golosa, y antes catapis y con algunos yoyos. «¡Bueno, niños, les voy a enseñar a tirar trompo!», dice Jorge mientras enrolla la pita. «¡Buenas familia!», saluda Tomás quien entra con su esposa Teresa. El abuelo voltea la mirada a su nieta y se levanta con calma. «¡Ave María Purísima, como estás de grande, Teresa!». «Bueno, primero lo primero —interviene la abuela Fabiola— hora de la novena». Cecilia saca una bolsa llena de maracas y cascabeles hechos con tapas de cerveza y empieza a repartirles a todos. José se ofreció a leer la oración al niño Jesús y como apenas está aprendiendo a leer se tarda un poco. Consideración para el día noveno... «La noche ha cerrado del todo en las campiñas de Belén... —articula Oliva— Dulce Jesús mío, mi niño adorado, ven a nuestras

almas, ven no tardes tanto... Ven... ven... ven no tardes tanto». Canta ahora toda la familia. Los niños agitan las maracas con fuerza. Han terminado de rezar, ahora se escucha el chillido del chorizo, las carnicas y la morcilla al caer a la sartén. Hermano, bájale a la música, pide Tomás a Marcos. El primero comienza a darle pequeños golpecitos con una cuchara a un vaso de vidrio. «Queremos contarles algo... —dice mientras toma de la mano a su esposa. La familia empieza a murmurar y hasta los niños han detenido su juego— ¡Tere está encinta!». Todos se levantan y festejan la noticia. Ha pasado un año desde entonces, hoy hay un nuevo miembro. «Digan: ¡Aguapanela!», pide el tío Jorge. «¡Aguapanela!», dicen al unísono. Y así queda inmortalizado aquel momento. «Abuelita, ¿y quién era él?», pregunta Martín señalando a un hombre bastante alto y de lentes en la foto a blanco y negro. «Él, mi cielo, era el primo Tomás, esa de ahí es Teresa y ahí se ve nuestro pilón al fondo, ¡ja!, no te has comido una mazamorra de verdad, mi niño... o unas buenas tortas de chócolo...». «¿Cuándo la tomaron, abu?». «Mira; aquí atrás está la fecha: “24-12-42” ¡He aquí el poder de una fotografía, es el remedio para un hecho inevitable... el olvido!».

María Paulina Bedoya Martínez, 15 años
Andes, Suroeste
N.º 7561

Ojalá la muerte nos separe

Cuando murió mi abuela, mi padre me contó que no quiso ser enterrada con mi abuelo; cuanto más lejos, mejor. Él murió hace quince años; y después del velorio, se reunieron sus cinco hijos con mi abuela para repartir herencia. A todos les extrañó no verla llorar en ningún momento. «Hijos míos, no veo necesidad de estar triste por ese malparado». Todos, perplejos; ni siquiera respondieron. «Me casé con él por necesidad, además de verlo guapito para trabajar en el monte; de resto, solo supo maltratarme. Aquel carente de piedad le dio igual cuando dos hijos nuestros se murieron desnutridos porque solo me daba para alimentarlos con yuca, ya que él prefirió gastar en putas y alcohol». Aún seguían estupefactos, mientras ella se dirigía hacia su primer hijo: «Vos, Eugenio, heredaste el carácter tan maluco que tuvo él. Te dio lo mismo ver cómo me daba con el lomo del machete, y hasta le admirabas con sus defectos. Parecías una garrapata, detrás de él a cada rato; igualito a Juan». Volteó su vista a la segunda hija, Claudia: «¡Ay, Claudia! Te daba cutupeto solo con su presencia; y juntas nos tocó sufrir palizas, por culpa tuya o culpa mía. Por decirle hasta por dónde sale el sol, hiciste que te persiguiera con escopeta a través de las matas de chócolo. Sentías odio por no haber tenido la figura paterna ideal, y aun así lo cuidaste en sus últimos días... solo para verlo sufrir en cama». El tercero era Juan: «Vos eras otro alcahueta con él, no hacías sino acompañarlo donde las desaplicadas esas, y gastar en trago parejo. Es más, le colaboraste a robar esa bolsa con plata aquel 24, pensando que nadie se dio cuenta, pero yo sí». Aunque es-

taban con mala cara, le importó poco. El último al que le habló fue a mi padre: «Mi bello Jorgito, fuiste el único de estos hombres que se interpuso pa defendernos a Claudia y a mí; tanto así que te reventó esa botella de aguardiente. Le chocaba que no fueras “macho”; porque ser macho significa para él tomar, dormir con ramerías, y trabajar. Malditos fueron los cuarenta y cinco años que estuve con él. Muchas veces pensé que habría vivido mejor si no me hubiera metido con ese loco. No faltó el diciembre en el que me tirara el plato con natilla solo porque no le sabía buena. Nunca hubo noche donde no me agarrara como trapo viejo para hacerme el amor, aun así yo no quisiera. Qué mañana no pensé en echarle veterinaria a su chocolate para ver si así me hacía yo misma el favor que no se me cumplía, sin importar cuantas plegarias hiciera». Asustados estaban todos, al ver que la dócil y gentil esposa, se volvió una mujer vulgar y furibunda. Para terminar, les dijo: «Ya verán ustedes qué hacen con esa chichigua, porque nada quiero saber de esa coscorria. Lo único que me llevo es el cumplimiento de lo que siempre deseé... Ojalá la muerte nos separe».

Jerónimo Olarte Montoya, 14 años
Briceño, Norte
N.º 7741

CUENTOS FINALISTAS

Categoría Adultos

Nada es lo que parece. En estos relatos, una casa puede aferrarse a su historia, un pueblo puede ponerse de cabeza y la muerte puede equivocarse de camino. Hay personajes que desafían lo que se espera de ellos: mujeres que huyen del destino impuesto, niños que transforman la rutina en un acto de resistencia, vivos que conviven con los muertos sin miedo. La ironía se mezcla con la ternura, el ingenio con la tragedia, el absurdo con la belleza. En cada historia, la realidad se pliega sobre sí misma, revelando que toda certeza es frágil y que, en la escritura, lo inesperado no es una excepción, sino su más honda naturaleza.

Camino a la escuela

6:05 a. m.: Carlitos toma su mochila, recibe la bendición de su mamá y sale corriendo a subirse en su bicicleta, empieza nuevamente el recorrido de una hora que hace diariamente por carretera destapada desde su casa hasta la escuela veredal. 6:15 a. m.: el primer perro sale corriendo tras él en busca de una mordida en sus pies cubiertos por unas botas sucias que le llegan casi a la rodilla, apresura los pedalazos y esta vez logra escapar intacto. 6:25 a. m.: ya siente el cansancio en la carretera empedrada y polvorienta, llega a la empinada loma que marca la mitad del camino, baja de su bicicleta y la arrastra caminando hasta la cima. 6:35 a. m.: la parte más divertida de la ruta a la escuela, un descenso que disfruta cada mañana a toda velocidad a pesar del estruendoso ruido que hace su bicicleta, sin importar que deba ayudarse de sus botas para frenar y precavido que la cadena no se vaya a caer como es frecuente. 6:40 a. m.: las vacas atravesadas en el camino hacen que Carlitos tenga que frenar, baja de su bicicleta para tomar un palo que encuentra a la orilla del camino, empieza a gritar y agitar el palo para que se muevan, igual que como lo hace cuando acompaña a su tío a ordeñar, logra abrir camino y continúa hacia su destino. 6:50 a. m.: hace una parada al lado de un pequeño arroyo que corre al borde de la carretera, primero aprovecha para orinar, con su propio estilo intenta escribir su nombre sobre el polvoriento piso, termina y con el agua que cae desde el barranco lava sus manos, su cara y limpia sus botas, ya está cerca de la escuela. 7:00 a. m.: se divisa la cancha de la escuela, acelera el paso porque ve que va

tarde en su infaltable reloj de superhéroe encontrado en una calle del pueblo. Carlitos al fin llega, pero se extraña de que el salón está vacío a esta hora, justo sale la profesora Alba, quien vive en la escuela y le pregunta con gesto de sorpresa: «¿Qué haces aquí, Carlitos? Recuerda que ayer les dije que hoy no había clase porque debo ir al pueblo a traer los libros». Carlitos responde con cara de apenado: «Profe, se me olvidó». La profe Alba de nuevo pregunta con ternura: «¿No le entregaste a tu mamá la nota que les mandé diciendo que no los mandaran hoy a estudiar?». «No, profe, es que mi mamá no me revisa los cuadernos», responde Carlitos con resignación. La profe Alba lo acompaña hasta la entrada de la escuela porque ya está por pasar el bus escalera que la lleva al pueblo, antes de irse Carlitos con cara de desconsuelo lanza la pregunta que más le preocupa: «¿Profe, entonces tampoco hay desayuno?».

Jhordy Mateo Sterling Villada, 31 años
Rionegro, Oriente
N.º 7318

Corazón cautivo

Provincia de Antioquia - 1837. Alicia me besó con ternura y nos olvidamos de todos los planes. Por eso no escuchamos cuando don Francisco se despertó en mitad de la noche. Al encontrarnos, nos miró con desprecio. Primero a su señora que, con el pecho agitado, aún respiraba con dificultad. Luego fijó sus ojos en mí, y supe que había llegado mi hora. Lo comprendí cuando nos apuntó con el arma temblorosamente, mientras la confusión le impedía calcular sus movimientos. «¡Corra!», me gritó la señora después de dos disparos fallidos. Quise tocarla una última vez. Quise girarme para contemplar su rostro. Es lo primero en lo que me fijé cuando el señor Francisco me compró por menos de diez reales. «Venga a ayudarme, por favor», decía mientras regaba las flores del jardín. Comencé a observarla a escondidas durante estos encuentros. La señora era hermosa; su piel era clara, su cabello, oscuro. «Olinda, ¿por qué no me escuchas cuando la llamo?», me dijo un día, molesta, apenas el gallo cantó. Yo sabía que no estaba enfadada conmigo, porque había escuchado al señor Francisco gritarle la noche anterior. «Ajústeme atrás», me dijo antes de girarse. La señora estaba desnuda de la cintura para arriba; su pelo se enredaba entre los cordones de su túnica. Desde ese día, comencé a ayudarla a vestirse. Desde ese día, perdí la cabeza. La señora tampoco me facilitaba las cosas. Póngame esto, póngame aquello. Yo empecé a mirarla con otros ojos, pero no podía negarme a ninguno de sus muchos pedidos. «A veces quisiera escapar de todo esto», me dijo un día mientras yo le ajustaba el corsé. Su voz era tan débil que

pensé que hablaba consigo misma. La miré, pero evité mis ojos y se quedó en silencio. Una noche, la señora estaba muy triste y salió a tomar un poco de aire. Vi desconcierto en sus ojos y sentí que nos refugiamos en esa mirada. Entonces me besó, mientras el viento revolvía su cabello sobre sus hombros. Tardó más la señora en vacilar una palabra, que yo en corresponderle el gesto. Desde ese día, nos encontrábamos en el establo todas las noches, cuando don Francisco ya se había ido a la cama. «¿Alguna vez soñaste con otra vida, Olinda?», me preguntó una vez mientras miraba el fuego. Sus ojos parecían buscar algo que no podía alcanzar. La consolé toda la noche en un abrazo y le canté las canciones que me enseñó mamita Josefa. Un tercer disparo rompió el silencio haciéndome reaccionar. No sabemos cómo, si llamarlo suerte o destino, pero don Francisco gastó todas sus balas en el intento. Alicia y yo escapamos en la oscuridad de la noche, y en ese momento comprendimos que nuestro amor era más fuerte que cualquier adversidad.

Laura Alejandra Mafla Calvo, 26 años
Andes, Suroeste
N.º 7716

Los hilos de la memoria

—Mita, ¿cuántas cosas bonitas habrá tejido usted en la vida? — pregunté mientras veía trabajar sus dedos, ágiles y seguros que entrelazaban los hilos como si fueran parte de un ritual eterno y bien conocido. Ella sonrió y dejó caer el tejido destinado a ser una colcha sobre su regazo.

—Ay, hija, he tejido tanto que ya ni me acuerdo. He tejido lana, algodón e historias. ¿Quiere saber cómo fue que aprendí?

Afirmé intriguada, escuchar las historias de la abuela era como viajar en el tiempo.

—De chiquita, cuando vivía en la casa de sus bisabuelos, no tejíamos lana, tejíamos cabuya. Ese era el oficio de la familia. Aquí en Guarne la cabuya fue tradición. Su bisabuelo cultivaba fique en estas tierras. Sacaba la fibra con sus propias manos, era un trabajo tan duro que, a veces, terminaba con las manos hinchadas. Después, había que hilar la cabuya y convertirla en costales. Mis hermanas y yo nos levantábamos al amanecer, como no había reloj nos guiaba el sol a lo largo del día, hilábamos por horas y cuando la tarde caía lo hacíamos a la luz de una vela, la rueca de madera apenas se sostenía de lo vieja pero a pesar del tiempo nunca se detuvo. Mis dedos quedaban tan adoloridos que, a veces, hasta sangraban. Su bisabuela se encargaba del telar, se hacían retranscas para bestias, cinchas para caballos, lazos para cosechas, cargadores de silletas e incluso alpargatas para recorrer estas montañas. Pero nuestro trabajo fue reconocido principalmente por los costales.

—¿Y todo eso para qué? —pregunté.

—Para venderlos en la plaza —respondió con una sonrisa—. El pueblo dependía de esos costales, eran la vida para muchas familias campesinas incluyendo la nuestra. Se usaban para cargar papa, maíz, fríjol. Cada hebra que tejíamos sostenía los alimentos de la región ¿Ve la importancia?

—¿Mita, y qué pasó con la cabuya? —pregunté, sabiendo que las tradiciones muchas veces mueren con el tiempo.

—La vida cambió, hija. Llegaron los costales de plástico y el fique dejó de ser negocio. La rueca quedó olvidada en la casa hasta que desapareció. Pero yo nunca olvidé lo que aprendí. Todo lo que soy, lo aprendí con esos hilos, entendí que no solo unían fibras, sino también sueños y generaciones. Ese trabajo nos dio todo, era duro, pero necesario.

Me quedé en silencio, observando su cabello blanco y sus manos frágiles llenas de historia.

—Por eso sigo tejiendo. Ya no es cabuya, pero cada punto que hago me recuerda de dónde vengo. Y aunque esa vieja casa ya no exista y la rueca se haya perdido, la tradición sigue viva aquí —dijo, llevándose la mano al pecho, —en mis recuerdos, en mis manos, y ahora, en usted.

La miré trabajar nuevamente. Su tejido en cadeneta avanzaba, punto tras punto, como si estuviera reconstruyendo un puente entre su pasado y mi presente. Comprendí entonces que no solo tejía cosas bonitas; tejía la memoria de nuestra familia, de nuestro pueblo, de nuestras raíces.

Adriana Cardona Cano, 20 años

Guarne, Oriente

N.º 7645

Y no hubo funeral

Apenas abrió la puerta, la sorprendió el gentío y los gritos de la vecina:

—¡Corra, Ofelia! ¡A una de sus niñas la pisó un carro!

Mamá sintió vacío en el estómago, y dijo:

—¡Está equivocada, doña Martha!, mis niñas están jugando en el solar.

—Ah, no me cree, ¡Vea, asómese desde aquí!

Mamá lo que hizo fue ir al solar, y tras ella, la vecina. Nos llamó, ansiosamente: «¡Olgaaaa!, ¡Marinaaa!, ¡hijas benditas!, ¿dónde están?» Nadie respondía. Insistió angustiada. Al cabo de unos segundos, eternos, asomó Olga. Venía de atrás del solar.

—¿Y dónde está Marina? ¡Las llamé a las dos!

—No sé, mami. Nosotras estábamos jugando con Tonny, y él ya no quería y salió corriendo. Y Marina salió persiguiéndolo.

—¡Cómo! —dijo mamá, descompuesta. Y empezó a atar cabos: seguro, la vecina que vino a pedir prestado el pocillo de arroz, dejó la puerta de la calle abierta, el perro se salió y la niña también, detrás de él. Presintió que Martha tenía la razón. Salió enloquecida a la calle. Se abrió paso entre la multitud de vecinos curiosos, llegó donde yo estaba. Muchos sostenían: «la niña está muerta». Mi madre tomó aire, respiró profundo, se arrodilló frente a mí. Rodeó mi cuello con su brazo derecho. De mi frente manaba sangre. Ella trataba de sostener mi cabeza. Y sollozando decía:

—¿Cómo pudo ser? Si yo las cuido tanto, ¡Ay, ¡Dios mío, no dejés que se me muera!

Y me llamaba: «¡Marina, abra los ojos! ¿Qué le duele?». Me apretó fuerte contra su pecho. En ese momento, recuperé el sentido y musité despacio: «¡Ay, mami, me mató ese carro!». Luego, volví a desmadejarme. El conductor, que minutos antes me había atropellado, maniobrando en reversa su volqueta, parecía zombi, recostado en un poste contiguo al lugar de los hechos.

—¡Apurate, gran güevón!, ¡Llevá a la niña y a la mamá a Policlínica! ¡Quién quita que se salve! —le decía un vecino de tantos. Otros, sostenían que era demasiado tarde, que yo había abierto los ojos, por última vez, para despedirme de mamá y de este mundo. El hombre, confundido, contrató un taxi, que nos condujo al hospital. Mientras mamá, siempre a mi lado, abogaba para que los médicos me atendieran pronto, algunas vecinas, las más allegadas a mi casa, se encargaron de cuidar a Olga. Eran mujeres que sabían de solidaridad y de chisme. Comentaban, sin parar lo sucedido. Se lamentaban, al tiempo que descolgaban cuadros, despejaban espacios. La casa era larga y angosta. Como pudieron, dispusieron el lugar para «velar a la niña». Más tarde, llegó mamá, a cambiarse. Estaba cansada y sin alientos. Tuvo que apoyarse para no caer después de lo que vio: colgado, en medio de la sala, un Crucifijo. Debajo, una sábana blanca, fijada a la pared, adornada con florecillas, cortadas del solar y pequeños moños de cinta negra. Todo sujeto con alfileres. En la mitad, un cajoncito que serviría de base al pequeño féretro. A lado y lado... dos cirios apagados.

Diana María Gómez Cadavid, 60 años
Guatapé, Oriente
N.º 7673

Las dos Elenas

Elena cayó al suelo en medio de un ataque de risa, sentía que se le iba el aliento. Miró a sus amigos, que entre carcajadas seguían en su guerra de boñiga. Elena hizo una seña, un gesto leve pidiendo un respiro, porque la risa no la dejaba continuar y le empezaba a doler el estómago; sin embargo, Pedro y Juan siguieron lanzándole trozos de boñiga seca, mientras Laura se escondía detrás del único árbol de coronillo que crecía en la colina. Nadie prestó atención a los gestos de Elena, quien pronto volvió a levantar su mano, esta vez en tono de súplica, una mano abierta que se agitaba en el aire. Pero la tregua no llegaba. Elena sentía cómo su cuerpo se contorsionaba en el aire por las carcajadas y miraba cómo sus amigos hacían las mismas caras de risa. Pero el aire se le escapaba y su vista se iba haciendo oscura. A lo lejos, vio a Laura abrir su boca para gritar a Pedro y Juan que pararan. Laura ayudó a sentar a Elena quien se tomó un par de minutos para recuperar el aliento. Cuando el aire volvió a sus pulmones, Elena se sentó junto a sus amigos que ya se encontraban bajo el árbol de coronillo admirando el horizonte. Elena también observó las montañas y sus cambios de matiz, desde las verdes cercanas, hasta las azules lejanas. Las miraba y sentía que ellas le devolvían la mirada, miradas pícaras, juguetonas y comprensivas. Una compresión de quien conoce bien sus pensamientos, pues cada tarde Elena se sentaba en esa colina a observar el horizonte y a lanzar sus pensamientos al aire agitando sus manos como pájaros, con el anhelo de salir flotando y viajar más allá de su vereda, para conocer el mundo. Elena salió por un momento

de sus pensamientos y miró a sus amigos, quienes hablaban a su alrededor sin poner mucho cuidado de ella. Elena volvió a mirar las montañas y le preguntó al horizonte si más allá de San Luis habría otra Elena anhelando lo mismo, poder expresar lo que sentía y que todos le entendieran, le prestara atención. Luego Elena reflexionó y deseó que esa otra Elena no se sintiera sola, desconectada del mundo y de los otros. Una pregunta más llegó a su mente, ¿sería que tras esas montañas había un lugar donde todos los niños serían como ella?, si era así, quería vivir allí. De repente, Laura le tocó el hombro suavemente y con un pequeño gesto en sus manos le señaló la casa, luego juntó sus manos, como si amasara arepas. Elena asintió con su cabeza y agregó un pequeño gesto para indicarle que también quería quesito y chocolate. Antes de levantarse Elena devolvió una última mirada al horizonte y deseó que esa otra Elena también tuviera una Laura que inventa las señas precisas para entender su mundo y el tiempo para leer sus manos.

Jessica Ramírez Ramírez, 27 años
Rionegro, Oriente
N.º 8517

La casa grande

El sonido de llantas frenando en seco detrás de mí no me distrajo. Sabía quiénes eran y a qué venían. No los miré, no podía apartar la vista de la casa. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que la vi, pero seguía ahí, tal como la recordaba. Unos pasos se acercaron.

—¡Señor! ¿Por dónde empezamos la demolición? —preguntó el maestro de obra, mirando la casa con curiosidad.

No supe qué responder. Entonces la escuché.

—¡Alberto, vení! —resonaba la voz de la mamita por toda la casa. Nunca me llamaba por mi primer nombre. Pensaba que solo a mí me llamaba así, pero con el tiempo descubrí que era su forma de llamar a todos los nietos.

—¡Alberto, vení! —gritaba, aunque había pasado varios años postrada, incapaz de caminar. Desde su cama, que parecía un trono, dirigía la casa, la casa grande. Recuerdo cómo entraba corriendo por la puerta principal, atravesando el zaguán y acariciando las paredes de bahareque. Eran anchas, resistentes, nos resguardaban del frío. Del zaguán al patio central, y de allí directo a la cocina, buscando a los que se escondían. El aroma a café lo impregnaba todo. No era el olor de cualquier café, sino el ácido, el que dejaba el grano despulpado al secarse al sol sobre la plancha. Esa plancha, que también servía como cielorraso del cuarto de rebrujos, con su techo de zinc corredizo, siempre me pareció el lugar más misterioso de la casa. En sus paredes colgaban una silla de montar, los perreros del papito, gajos de plátano maduros, sacos de café apilados, extrañas herramientas, y

hasta una vieja plancha de carbón que nadie usaba. Corríamos alrededor del patio, por los corredores de los costados, entrábamos a los cuartos laterales, alineados, y pasábamos de uno a otro por las puertas que los comunicaban. En diciembre, la casa siempre estaba llena de familia, pero sobre todas las voces, siempre sobresalía una.

—¡Alberto, vení!

En la sala, dos lienzos de tela gruesa mostraban, uno a Jesús rodeado de sus discípulos, y el otro, cuidando un rebaño de ovejas. Los grandes muebles nos tentaban, queríamos saltar sobre ellos, pero un grito nos detenía:

—¡Ve, muchacho! ¡No hagas eso... bájate ya de ahí!

Frente a mí, la casa grande está vacía. Ahora es solo un eco de los recuerdos. Los grandes ventanales me miran. Todo sigue ahí, nada se ha ido.

—¡Señor, entonces! ¿Qué tumbamos primero?

Sin pensarlo, pero con una certeza profunda como si lo supiera desde siempre, desde que la sonora voz se apagó, desde que los habitantes fuimos dejando la casa para seguir con nuestras vidas, mi respuesta estaba grabada en lo más profundo de mi ser. Imité la voz de la mamita, y finalmente le respondí:

—¡Ve hombre, mejor vamos a remodelar!

Gabriel Vargas Cuadros, 46 años

La Ceja, Oriente

N.º 7889

Berrío Puerto

La brisa golpeaba mi cara mientras dormía. Entonces escuché el estertor de mis pulmones y me desperté perdido en el tiempo. Salté de la hamaca, pero no llegué a la hora en punto a recoger las cantinas de leche para montarlas a la canoa. Por primera vez la alarma de los bomberos, que siempre zumbaba a las 12, no sonó. Puerto Berrío estaba extraño, como diluido por las nubes. Por la ribera izquierda del Magdalena saltó un bagre, llegó a tierra y con una chinchorra mayona atrapó a un pescador. El hombre intentaba soltarse de la trampa, pero el pez le asestó un golpe en la cabeza con un mazo. Del río emergió un bocachico directo a los comensales de pescado, y a sabiendas de lo pequeño que podía pasar por su garganta, agarró a una niña, muy enjuta, por cierto, y se devoró su carne sin tocarle un hueso. El Magdalena rugió y sus aguas se tiñeron de rojo, era sangre. De sus remolinos salían disparadas balas. Los muertos arrojados al río flotaron y el hedor se hizo exasperante. Caminé hacia donde me llevarán mis piernas y en las cantinas por donde pasaba no se escuchaban bafles con música de moda. La gente cantaba al sonar la tambora, la gaita y el llamador. Seguí y fui a parar al cementerio. Las ánimas tenían arrinconado al animero y le lanzaban maldiciones por molestarlas con sus rezos impertinentes cada noviembre cuando ellas solo querían seguir dormidas en sus tumbas. En las lápidas de los NN aparecieron sus verdaderos nombres. En las casas de las brujas, los tabacos crecieron y alcanzaron tal altura que la tripa les quemaba la lengua porque estaban cansados de hacer amarres. Corrí hasta el centro del pueblo para

ocultarme en el único lugar que creí seguro: la alcaldía. Para mi sorpresa no había nadie en el edificio. Con más curiosidad que otra cosa, abrí la puerta de la oficina del alcalde, nada ni nadie me lo impedía. Era el primer sitio donde nada extraño estaba ocurriendo. Así como en el chance, me equivoqué otra vez, y de una poltrona se paró un hombre de pequeña estatura. Con humildad se presentó como el nuevo alcalde elegido sin tamales ni tejas de zinc y mucho menos billetes. Mientras él hablaba, supe quién era esa persona y no precisamente una viva. Hui aterrado. Lo habían matado a tiros por denunciar a los corruptos. Llegué hasta la iglesia y me tumbé al lado de una puerta para tener un momento de lucidez. Cerré los ojos y tuve la visión de mi abuelo Pablo, y recordé sus palabras: «Mijo, cada tanto el Magdalena se rebela y pone al pueblo al revés. Se desahoga de lo que le han robado y para todo de cabeza, lo arriba queda abajo. Si tienes un corazón bueno, el río te lo mostrará. Sé que hoy no entiendes mis palabras, pero cuando esto suceda, te acordarás de este viejo, y sabrás».

Alina Mariel Castrillón Rave, 45 años
Puerto Berrio, Magdalena Medio
N.º 7686

Afflicción

Hace poco llegué a este pueblo. Me instalé en una casita apartada, la verdad es que da pena su estado; la madera de las paredes está desgastada y por el techo de tejas de barro caen goteras. Pero está bien para mí que no tengo muchas pertenencias y estaré aquí por poco tiempo. Vine a este pueblo a cumplir con un encargo. Mi trabajo es algo complicado y no siempre lo disfruto, pero aun así me aseguro de hacerlo bien. Primero investigo un poco el lugar y a las personas, aprendo de ellas, de sus costumbres, me tomo el tiempo de averiguar lo más que puedo de ellas y, así, encontrar el mejor momento para actuar. Soy muy profesional, me atrevería a decir que no hay nadie mejor que yo en esto. Por si no lo han adivinado, mi trabajo es tomar vidas. Sé reconocer que no todas las víctimas ni todas las circunstancias son las mismas, por eso no uso una única herramienta o técnica, siempre me ajusto a las particularidades de cada trabajo. Aclaro que no soy yo quien elige quién debe morir, no soy un matón vulgar, yo solo me encargo de cumplir con los mandados de quien es mi jefe; como dije, no siempre estoy de acuerdo, pero el deber es el deber. He conocido a otros que tienen códigos de honor, yo, sin embargo, no me ando con miramientos, con pesar o no, voy a lo mío y me aseguro de que el ataque sea certero. Hasta ahora, a mí no se me ha escapado nadie. Como decía al inicio, vivo en un pequeño pueblito, es bonito y está rodeado de montañas, su gente es trabajadora y honesta la mayoría. Es una pena que la tragedia y la desgracia invadan sus casas, pero así es esto. Yo solo sigo órdenes, aunque, aquí les va un secreto

que espero puedan guardar. Cuando cumplir con mi deber resulta muy angustiioso, ya sea por compasión o piedad, decido ejecutarlo en la oscuridad y tan rápido como pueda. Entro a la casa de las víctimas y tomo su vida cuando aún duermen, procurando que no sea muy doloroso, o que por lo menos el asombro de la muerte inesperada los distraiga del sufrimiento de partir. Este 26 de abril de 1993 en Tapartó la madrugada es más oscura de lo habitual, es fría y el aire se siente pesado, o tal vez sea solo yo. No siempre me gusta mi trabajo, pienso una última vez mientras veo la corriente desbordada del río arrastrar las últimas casas. Me alejo despacio con mi hoz al hombro y con esa extraña sensación que sienten los humanos en donde habita su corazón, que me da la impresión de querer llorar.

María Alejandra Rendón Perea, 25 años

Andes, Suroeste

N.º 7768

El largo camino

Han pasado dos días desde que salí de la vereda. He caminado toda la noche sin rumbo porque no puedo tomar los caminos que conozco... Todos ellos están llenos de gente armada. Cuando descanso se vienen a mi mente las imágenes de mi finca, mis vacas, mis gallinas, mis cultivos de maíz y frijol, recuerdo mi vida cuidando de todo esto, y a pesar de estar tan lejos del pueblo era feliz. Ahora lo único que veo es lo que me queda después de salir huyendo, solo tengo mi caballo y lo que carga en su lomo, solo tengo a mi bebé que lo llevo cargado junto a mi pecho... no tengo más. Avanzo con mi caballo por llanuras en las que antes había bosques y flores, ahora hay desolación. Cruzo por lo que antes era un río cristalino donde la gente disfrutaba, ahora es un río de sangre y lágrimas que alberga cadáveres de personas que alguna vez conocí. ¡Mierda! Se cayó la carga del caballo, no tengo fuerzas para levantarla porque llevo mucho tiempo sin probar bocado. Respiro profundamente, tratando de tomar una pizca de energía. Me inclino, tomo la carga con manos temblorosas y la coloco de nuevo sobre el lomo del caballo. Llega la noche y siento miedo, es una noche sin luna y no puedo ver nada, solo sentir soledad y dolor, el mismo dolor que me envuelve al tapar la boca de mi bebé con fuerza para que con su llanto no nos escuchen y nos encuentren. Después de un rato logro que se calme y después bajo la carga para que el caballo descanse, rogando a Dios que no nos pase nada. Descansamos bajo un árbol, con el cielo como único techo. Trato de alimentar a mi bebé con lo poco que me queda, pero me siento débil. Miro

las estrellas y siento que la lluvia cae, y en ella, mis lágrimas se mezclan. No tengo otra alternativa que esperar a que amanezca. Puedo ver cómo el sol ya empieza a salir y se forman unos arboles hermosos, los contemplo por unos minutos antes de continuar. Cargo el caballo nuevamente y siento que la carga es cada vez más pesada, ya no tengo alientos, pero falta poco para llegar al pueblo. ¡Lo estoy logrando! Falta poco, pero siento que el camino se hace más largo. Ingreso a las calles y solo puedo ver cómo la gente me mira, incluso cuando paso por las cantinas donde solo ellos se preocupan por el aguardiente... Sin embargo, todos me miran. No conozco a nadie y solo sé de un lugar a donde puedo ir, continué hasta llegar a la iglesia donde pregunto si se encuentra el cura. Al rato sale por fin, lo miro con mis ojos encharcados:

—¡Padre! Ayúdeme a enterrar a mi esposo que lo mataron —digo, tragando el nudo que se forma en mi garganta—. Es él... el que traigo en mi caballo.

Lilian Santamaría Rondón, 35 años

La Unión, Oriente

N.º 8485

Pasilla

De todos los oficios habidos y por haber, escoger café siempre ha sido el más eterno. Se puede desparramar el bulto sobre la mesa a las siete de la mañana, y a eso de las cinco todavía se está seleccionando pepitas: la pasilla, que son los granos color quemado, en un balde, lejos de los dorados. Siempre me ha ganado la curiosidad en cuestiones de la materia por qué hay que separar los granos negros del resto, o por qué no todos son del mismo color. El abuelo que es un hombre de escasa paciencia se esfuerza para responderme. Se tiene que separar porque la pasilla es el malo. Dice. ¿Y si es malo, por qué la abuela lo tuesta en la paila tiznada y nos lo tomamos nosotros? Insisto. Para escoger café es necesario tener una vasija con agua al lado y sumergir en ella las yemas de los dedos, lo que facilita el agarre del fruto esquivo. También es necesario sintonizar en la radio la emisora donde ponen todas las del Duetto Revelación. Así parece que rinde más. Cuando estamos en tiempo de cosecha, nuestras cuatro manos no dan abasto, y eso que las del abuelo son grandes, pero él dice que, entre más pequeñas, más ágiles son. Entonces la abuela nos ayuda también a escoger para poder venderlo cuanto antes. Las gallinas se pasean desde el solar hasta el patio y nos miran sigilosas, pensarán que son miles de granitos de maíz. En la casa estamos contentos porque esta vez el cafetal dio cuatro bultos. Si empezamos bien temprano y paramos solo para comer, en dos días lo podremos vender todo, pero eso sí, debe ser entre los tres: seis manos armando y desarmando montañistas granuladas a toda carrera. Inicia el ritual.

El abuelo corre el taburete de cuero de vaca grisácea con parchecitos blancos; vierte un costalado sobre la mesa, y se sienta mientras va apurando un trago de tinto caliente y dulce porque es hecho en agua de panela. Se dispone a la labor. La abuela no se ha levantado de la cama, y eso que dijimos que empezaríamos temprano. Me dirijo a su cuarto para recordarle el compromiso. Le hablo repetidamente pero no responde; ni siquiera se mueve el tigre dibujado en su cobija. Me rindo. El abuelo y yo estuvimos entregados en conjunto a la labor como hasta eso de las nueve y media, porque luego él fue a buscarla también. Ha pasado mucho rato desde entonces. El abuelo le pide a doña Margarita la vecina que se quede conmigo porque van para el hospital. Acaban de llegar dos señores y veo que entre todos sacan a la abuela cargada con la cobija encima porque todavía está dormida; al parecer anoche se desveló mucho. Yo le digo a él que no se preocupe, que yo seguiré escogiendo hasta que regresen, y entonces me mira con los ojos más brillantes que nunca, parecen dos granitos de pasilla sumergidos en agua.

Lorena Pareja Osorio, 23 años
Apartadó, Urabá
N.º 8596

¿Y si escribes tu cuento?

Sobre las vivencias en Antioquia. Sobre amores y desamores; triunfos y derrotas; encuentros y pérdidas; sobre ti o tu familia, sobre nuestra región o eso que somos. ¡Tú decides!

Título:

Tu nombre

Tu municipio:

Anímate a participar en la próxima edición del concurso. Consulta las bases en www.cuentoantioquia.com y síguenos en las redes sociales @Comfama y @Comfamacultura.



Este libro se terminó de imprimir entre ríos, bosques, selvas,
valles y montañas en marzo de 2025 en Apotema S. A. S.;
con un tiraje de 10.500 ejemplares.

Cada año Antioquia se reinventa en palabras.

Este libro reúne los cuentos seleccionados en una edición que celebra la literatura como encuentro y posibilidad.

Participa en la próxima convocatoria y haz parte de esta aventura narrativa.

Más información en
www.cuentoantioquia.com





CONCURSO
DE CUENTO

Antioquia

Reimaginada

• EDICIÓN 2024 •



5 años

narrando a Antioquia



ISBN: 978-628-7637-62-7



secretos para contar

comfama